

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



Lección 350

Los milagros reflejan el eterno Amor de Dios. Ofrecerlos es recordarlo a Él, Y mediante Su recuerdo, salvar al mundo.

Comentario de Sarah:

Cuando perdonamos en lugar de atacar, experimentamos un reflejo del Amor de Dios. La experiencia viene a través de nuestra voluntad de llevar todos los pensamientos que no perdonan a la mente correcta donde reside la verdad. Así es como recordamos a Dios y, por tanto, recordamos quiénes somos. El recuerdo de Dios descansa en el perdón a nuestros hermanos. A través del perdón, vemos que nuestros hermanos son lo mismo que nosotros. Sólo hay Un Ser. Nuestros recuerdos de dificultades y resentimientos pasados se borran. A través del perdón, el espejo de nuestras mentes se pule y sólo se refleja la inocencia. Todas las diferencias que percibimos no son la verdad.

Todo el mundo es parte de nosotros. De hecho, todos somos nosotros mismos. En nuestros ataques a los "otros", estamos diciendo que son diferentes y pecadores y que no forman parte de nosotros. Así es como mantenemos la separación, que sigue siendo atractiva porque el ego vive de las diferencias y las comparaciones. Queremos vernos a nosotros mismos como especiales y mejores que los demás. Queremos hacerles responsables de nuestra falta de paz y felicidad. "Si no hubieran dicho o hecho eso", declaramos, "no tendríamos que hacerles responsables de cómo nos sentimos". Sin embargo, la traición es lo que más le gusta al ego, porque se ve a sí mismo como la víctima de lo que otros han hecho. El victimismo es valorado por el ego porque muestra a Dios lo injustamente tratados que somos y pide que Su castigo caiga sobre aquellos que aparentemente nos han traicionado. Estamos muy comprometidos con nuestros valores y opiniones. El juicio es el oxígeno del ego y mantiene nuestro yo individual y separado. Perdonar es recordar que queremos la verdad más que tener razón sobre nuestras perspectivas.

Jesús nos recuerda que el mundo no existe. Todo es un sueño que estamos soñando, y nuestra experiencia en el mundo es sólo una imagen exterior de nuestra condición interior. No lo vemos así porque preferimos ver la culpa en nuestros hermanos que en nuestra propia mente. El ego nos ha hecho creer que viendo a nuestro hermano culpable, podemos liberarnos de la culpa, pero esto es mentira. Lo único que ocurre es que nos mantenemos encerrados en esa misma culpa. La onerosa carga de la culpa en la mente proviene de la creencia de que abandonamos nuestro hogar en el Cielo. Al ego se le ha ocurrido una solución: deshacerse de la culpa proyectándola en los demás. Es el plan maestro del ego demente y está brillantemente construido para mantenernos atados a la ilusión. Así es como se mantiene la separación y como nos mantenemos en la miseria por decisión propia, porque el ego no tiene más poder que el que nosotros le damos.

“Lo que él es no se ve afectado por sus pensamientos. Pero lo que contempla es el resultado directo de ellos.” (L.350.1.4-5) En otras palabras, sean cuales sean nuestros pensamientos sobre nuestro hermano, no afectan a lo que él es. No importa lo que pensemos de su comportamiento ni lo culpable que lo juzguemos. La verdad es que su inocencia está garantizada por Dios, igual que la nuestra. Él no es su comportamiento ni su historia. La verdad en él es inmutable, como lo es en nosotros. Nuestra identidad como Cristo es totalmente serena y no se ve afectada por nada de lo que parece estar ocurriendo en nuestro sueño.

En este sueño, creemos que lo que vemos es la realidad porque nuestros sentidos nos convencen de que nuestras percepciones son verdaderas. Creemos en nuestros pensamientos y opiniones. Hasta que no cuestionamos su realidad, es lo único que conocemos. Hemos perdido la conciencia de quiénes somos en verdad, pero no ser conscientes no significa que la verdad no esté en nosotros y en todos. El único camino de vuelta a la verdad de lo que somos es reconocer quién es nuestro hermano. A través de nuestro propósito compartido, nos unimos en un encuentro sagrado y recordamos nuestra Unicidad. No sirve de nada unirse en una historia o en el drama de la vida.

Como escribió Jeff Foster:

"Siempre te escucharé profundamente, pero nunca te arreglaré, ni te remendaré, ni evitaré que sientas lo que sientes, ni te daré respuestas memorizadas de segunda mano. Nunca fingiré ser el que sabe, el iluminado, o algún misionero de una verdad conceptual alejada del tiempo real, de la experiencia inmediata de primera mano. No entraré en dramas contigo, no complaceré ni alimentaré tus historias y conclusiones mentales y miedos, no confundiré quién eres con mi historia sobre ti, mi sueño de quién eres. Pero amigo, me reuniré contigo en los fuegos del infierno, allí te cogeré de la mano, caminaré contigo hasta donde necesites caminar, y no me apartaré, porque tú eres mi Ser y en lo más profundo de nuestra experiencia somos íntimamente el uno para el otro y no podemos fingir lo contrario."

Este es el camino de vuelta al recuerdo de Dios. El recuerdo de quiénes somos vuelve cuando vemos la verdad en cada uno y soltamos el miedo y la culpa. Hemos aceptado las mentiras del ego como verdaderas: que hemos pecado, somos culpables y seremos castigados, y ahora debemos cuestionarlas. Vemos lo que pensamos y creemos por los efectos de nuestros pensamientos. Los efectos son nuestras proyecciones. Si queremos saber lo que pensamos y creemos, sólo tenemos que mirar nuestras proyecciones. Nuestras proyecciones nos muestran nuestros pensamientos erróneos. Cuando asumimos la responsabilidad de nuestros pensamientos y creencias y los devolvemos a la mente, podemos ponerlos ante los pies de la verdad. Así, se hace espacio para una nueva percepción.

A medida que se reducen el miedo y la resistencia, aceptamos cada vez más lo que Jesús nos ofrece y estamos cada vez más dispuestos a rendir nuestro camino y a experimentar el milagro. Y por eso, podemos estar verdaderamente agradecidos. **“Sólo Tu recuerdo me liberará. Y sólo perdonando puedo aprender a dejar que Tu recuerdo vuelva a mí, y a ofrecérselo al mundo con agradecimiento.”** (L.350.1.7-8)

Los milagros cambian la mente de las creencias que ahora tenemos sobre nosotros mismos al reconocimiento de que somos seres eternos de luz y amor, creados por Dios. Nunca hemos cambiado nuestra realidad porque no nos es posible hacerlo. Sólo hemos perdido la conciencia de ella. El cuerpo y nuestra experiencia de este mundo no son lo que es la vida. Jesús nos recuerda que el mundo del ego no es nada. **“No tiene sentido. No existe. No trates de entenderlo, porque si tratas de**

entenderlo, es que crees que se puede entender, y, por lo tanto, que se puede apreciar y amar. Eso justificaría su existencia, la cual es injustificable. Tú no puedes hacer que lo que no tiene sentido lo tenga. Eso no sería más que un intento demente.” (T.7.VI.11.4.6-11) (ACIM OE T.7.VII.66)

Jesús nos ayuda a ver lo falso como falso. **“Nadie puede escapar de las ilusiones a menos que las examine, pues no examinarlas es la manera de protegerlas.”** (T.11.V.1) (ACIM OE T.10.VI.39) Tenemos que mirar primero la "dinámica" del ego antes de poder ver más allá. Evidentemente, lo que mira no es el ego. La conciencia es el soñador, fuera de este sueño. Hacemos que el ego sea real en nuestras mentes sólo por no estar dispuestos a mirarlo con honestidad y valentía.

Nuestro trabajo en el Curso consiste en observar nuestros pensamientos, nuestros valores, nuestras creencias y nuestras historias, y no justificar nuestras posturas, sino investigar el "yo" que sostiene estos pensamientos. La tentación de simplemente descartar el ego y el mundo como una ilusión, sin dejar de creer en él, no es útil. Tampoco podemos hacer fácilmente lo que queramos desestimando nuestras acciones como carentes de importancia porque todo es un sueño. Mientras la mente crea en el sueño, nuestros actos poco amables registrarán más culpa en la mente. Los pensamientos tienen poder. Por eso Jesús dice que no hay pensamientos fútiles. Aunque lo que somos como el Ser Crístico no se ve afectado por nuestros pensamientos, nuestros pensamientos, sin embargo, alejan el recuerdo de Dios de la conciencia. A través del perdón, se nos devuelve la memoria de lo que somos. Un milagro y el perdón se parecen en que ambos recuerdan a la mente que lo que ve es falso.

Ofrecer milagros es nuestra función en esta tierra y el mejor reflejo del Amor de Dios en este mundo. Como dice la Lección: **“Los milagros son un reflejo del eterno Amor de Dios. Ofrecerlos es recordarlo a Él, y mediante Su recuerdo, salvar al mundo.”** (L.350) Los milagros allanan el camino hacia el recuerdo de Dios en nuestra mente recta. La memoria de Él se restaura en nosotros cuando extendemos el perdón. Este es el proceso que se nos da en este Curso para renunciar al ego.

“Sólo Tu recuerdo me liberará. Y sólo perdonando puedo aprender a dejar que Tu recuerdo vuelva a mí, y a ofrecérselo al mundo con agradecimiento.” (L.350.1.7-8)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca